

internationales literaturfestival  berlin

UNA HISTORIA PARA EUROPA.

¿Qué literatura infantil y juvenil necesita Europa?



PANORAMA

- | | | | |
|----|--|----|---|
| 03 | AZOUZ BEGAG
Una nueva Europa | 13 | GERALD JATZEK
Hey diddle diddle: Hacia la modernidad de la lírica infantil |
| 05 | CHEN JIANGHONG
Los libros ilustrados: difusores de cultura | 17 | JAN DE LEEUW
Un baile experimental |
| 07 | MARIANA CHIESA MATEOS
Los libros construyen puentes | 18 | URI ORLEV
Los libros, un regalo para la vida |
| 09 | IWONA CHMIELEWSKA
Nomeolvides | 21 | MARIA POPYANNI
Como un grano de arena en Europa |
| 11 | GABRIELA CICHOWSKA
Slow books | 24 | MARIA PARR
Los niños necesitan historias |
| 12 | TENDAI HUCHU
El primer amor | 25 | IVA PROCHÁZKOVÁ
Los sueños rebasan límites |
| | | 27 | JANNE TELLER
El bien que hay en nosotros |
| | | 29 | ROBERT PAUL WESTON
Libros con amplitud de miras: sobre la actualidad del clásico »Momo« de Michael Ende |
| | | 31 | FLOORTJE ZWIGTMAN
¡Tomadla en serio! |



AZOUZ BEGAG

UNA NUEVA EUROPA

Hace más de veinte años que escribo para niños y jóvenes. En las presentaciones de mis libros es particularmente importante para mí mantener un diálogo con jóvenes familiarizados con la inmigración. Ayer, durante una lectura en la Haus der Berliner Festspiele ante ochocientos estudiantes, hablé inglés, francés, alemán, turco y árabe. En aquel escenario, los jóvenes turcos veían en mí a un escritor musulmán, los jóvenes de piel oscura a un escritor africano y los jóvenes que llegaban con su flamante curso de francés, a un escritor francés.

Me parece una lástima que a mis lecturas sólo acudan estudiantes de escuelas bilingües. Para mí es importante que también estén presentes aquellos estudiantes que en clase únicamente hablan su lengua materna. A ellos siempre les digo: »No hay problema si no habláis francés. Basta con que habléis en vuestro idioma. Porque os entiendo. Y vosotros a mí«. En cada lectura, lo decisivo es el contenido de la historia, no la lengua en la que se narra. Porque si hay algo que no se transmite con la lengua, se puede transmitir con las emociones. Así es como se crea una relación entre los estudiantes y yo. Tras las lecturas, muchas veces se acercan hasta mí y me comentan en su lengua materna que pese a no hablar francés, han comprendido cada una de mis palabras.

Soy consciente de que a muchos jóvenes no les gusta leer y de que las conferencias propiamente clásicas les resultan aburridas. Por ello, cuando doy conferencias trato de ser como un mago: »¡No tengáis miedo!«, les digo. Yo no soy un escritor, sólo soy un mago. Jugad conmigo, y después jugaré yo con vosotros«.

Ayer, durante la lectura en Haus der Berliner Festspiele conté una historia acerca de mis padres, que eran analfabetos y que no sabían francés: un día al volver a casa después del colegio, encontré a mi padre que no sabía leer con un libro en la mano. »Azouz, ven aquí«, me dijo y a continuación me preguntó sujetando el libro en la mano: »¿Qué es esto?« »Un libro«, le dije. »No«. Me respondió. »Sí, papá, eso es un libro«, insistí. »No, Azouz« me dio por toda respuesta. Mi padre intentaba explicarme algo más filosófico. »Papá, no entiendo a lo que te refieres«. Abrió el libro por la mitad e hizo un movimiento como si pretendiera hacerlo volar. »Piensa, jovencito. ¿Esto qué es?«, »Un libro que vuela«, le contesté. Él sacudió la cabeza, hasta que por fin se me ocurrió la solución: »¡Es un pájaro!« »Sí, así es, hijo mío«. Mi padre, un analfabeto que no hablaba una palabra de francés me explicó que un libro ofrece la posibilidad de transformarse en un pájaro. Un pájaro que



puede dejar tras de sí sus miserias para ser libre. Mi padre me contó que la literatura le regala a uno la libertad. También a mí la literatura me ha convertido en alguien libre. Mi padre murió en la pobreza como analfabeto. Pero gracias a él comprendí apenas con seis años de edad el valor que poseen los libros. Las claves de la integración son la literatura y ser capaz de leerla. Enseñar esto no es una tarea únicamente de los padres, sino también de los profesores. Porque ellos pueden transmitir a los jóvenes la alegría de la lectura y convertirse así en mensajeros de la misma. Para un estudiante, tomar un libro, tener un libro, leer un libro puede ser algo que cambie su vida para siempre. Y los profesores se encuentran en una posición decisiva para transmitir la maravillosa función que poseen los libros. Pero, ¿dónde se encuentra el vínculo entre Europa y la literatura infantil y juvenil? Europa para mí no existe. En cambio, naciones como Gran Bretaña, la República Checa o Francia, efectivamente, sí. En mi opinión, tampoco hay una literatura europea infantil y juvenil. Existe una literatura infantil y juvenil de Gran Bretaña, de la República Checa y Francia. Porque cada país posee su propio idioma y su cultura. Los países ejercen cada vez mayor influencia sobre nuestra identidad. Y estas identidades nacionales establecen el reino de lo que llamamos Europa. Sin embargo, Europa también es un núcleo de diversidad para escritores de distintas naciones. Las editoriales y los traductores, que hacen habitable este reino para muchas personas, adquieren una importancia significativa en la medida en que contribuyen a forjar un sentimiento de pertenencia europeo. Europa tiene la responsabilidad literaria de situar esta diversidad en primer plano y así hacerla visible. Los jóvenes, de aquí, de Alemania, que participan hoy en este Festival internacional de literatura no vivieron la época del Muro de Berlín. Son una nueva generación de la nueva Europa. Ahora, ha llegado el momento de construir esta nueva Europa, y también la Europa de una literatura infantil y juvenil. Sé que se trata de una tarea difícil, pero está en las manos de padres, profesores, editoriales, traductores e instituciones, como este Festival internacional de literatura, fomentar esta nueva literatura infantil y juvenil europea.

[Coordinado por Christoph Peter, a partir de la contribución al debate de Azouz Begag, en el marco en un foro de discusión abierto sobre el tema «Una historia para Europa: ¿qué literatura infantil y juvenil necesita Europa?» el día 15 de septiembre del 2012 durante el XII Festival Internacional de Literatura de Berlín.]

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



CHEN JIANGHONG
LOS LIBROS ILUSTRADOS: DIFUSORES DE CULTURA

Vivimos en la sociedad de consumo de la modernidad y es insoslayable comprender que la lectura contribuye a abrirnos al futuro y a proteger nuestra cultura.

Sabemos que fomentamos la fantasía y la creatividad de los niños cuando les proporcionamos buenos libros de lectura desde pequeños.

Los libros con dibujos, y muy en particular cuando están bien ilustrados, guían a nuestros niños por el camino de la imagen a la palabra, ayudándoles a desarrollar las estructuras cognitivas que necesitan para comprender el mundo real.

Un buen libro ilustrado crece con nosotros y lo conservamos. Toda la vida. Es atemporal. No envejece nunca.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



MARIANA CHIESA MATEOS

Los libros construyen puentes

Me gustan los libros que no se pueden definir como para niños o para jóvenes. Que pertenecen a una categoría más amplia, la de los libros para todos.

Prefiero los libros cuyos autores están más ocupados en la historia que se cuenta que en un destinatario preciso.

Esta preocupación, la de a quién va dirigido el libro, responde más bien a los intereses de la industria editorial, a su culto a las categorizaciones y a cuestiones de mercado.

Me resultan necesarios y fundamentales tantos autores que sería injusto mencionar a unos sí y otros no. No solamente a causa del olvido sino porque siempre y afortunadamente habrá libros importantes y preciosos que no llegué, y tal vez nunca llegue, a leer, y por ende a recomendar.

En los años en que se formaron las bases de mis elecciones futuras, mi madre y mi abuela me ofrecían los libros que a su vez ellas habían leído, compartiendo de ese modo la propia infancia y estableciendo legados.

En una especie de triángulo imaginario, entre los libros europeos, se hallaban, primero, [por orden de lectura] »La Sirenita« de Hans C. Andersen, luego vino »El principito« de Saint Exupery, y finalmente el »Diario de Anne Frank«.

En Argentina, en los años de la dictadura, hasta los libros y las canciones se prohibían, y se secuestraban ediciones enteras de libros para sacarlos de circulación.

Leí »El diario de Anne Frank«, en la aparente seguridad de mi habitación, cuando por las noches se escuchaban las sirenas que anunciaban la prohibición de salir y encontrarse, y más tarde, los disparos, los llantos y los gritos.

Aún era demasiado joven como para preocuparme por ciertas cosas que los adultos no llegaban a explicarme. Y a la vez era lo bastante mayor como para empezar a entender. Tenía la misma edad que Anne cuando empezó su diario. Y fue pocos años después que comencé a escribir el mío.

En la lectura de »El diario de Anne Frank«, empecé a encontrar respuestas y a formularme nuevas preguntas ante mi imperiosa necesidad de conocer ciertos aspectos del mundo. Un mundo que estaba lejos de ser un sitio amable, y que era necesario cambiar para que fuese de otro modo.



Pero, sobretodo, me tendió un puente hacia esa otra, distante de mí en tiempo y en espacio. La lectura era vivida como si fuese ella quien me hablase. En tiempo presente. Y me hablaba a mí. Y yo quería ser su amiga y traerla a mi habitación, donde nadie entraría nunca a buscarla. Porque para mí Anne podía estar viviendo a la vuelta de mi casa.

Hasta que una noche, los disparos se sintieron demasiado cerca, justamente a la vuelta de la casa, y ya nadie durmió, ni salió a la vereda. Nos lo prohibieron. El ejército y la policía. Al alba, ya no había nadie en esa casa ultrajada.

Quién sabe, pensaba yo, ¿si acaso era esa la casa donde vivía Anne? Esa mañana todo era confusión, rabia e impotencia. Sentí que crecía por la fuerza. Y desde ese día las palabras terrorista, subversivo, clandestino y represión, se sumaron en mi cabeza para siempre.

A veces me imagino Europa como una vieja y encantadora señora con principio de demencia senil: desmemoriada y un poco perdida. No se reconoce en los otros, tiene miedo a los extraños. Piensa que le quieren quitar sus pertenencias.

Pienso que no se puede ni se debe construir una sociedad del futuro sin memoria. Sin memoria, el pasado retorna y amenaza con nuevas formas de racismo y discriminación intolerables e insostenibles.

Ojalá las historias por contarse tengan finales felices, pero sobretodo que sean capaces de abrirnos caminos de amor, puentes de tolerancia, senderos de respeto y ventanas de alegría hacia el otro. Con el espíritu de aventura, de invención y de conocimiento que se halla presente en los libros más hermosos que aún quedan por leer, ver y hacer.

Y estos son los que me parecen necesarios. Y los que defienden la libertad, la justicia, la tolerancia y el amor en sus más distintas formas, hacia los demás y hacia la tierra y mares que nos sostienen.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



IWONA CHMIELEWSKA NOMEOLVIDES

Aunque a primera vista Blumkas Tagebuch [El diario de Blumka] puede parecer de fácil lectura, deja la puerta abierta al lector para que éste complete y desarrolle aún más su contenido. Con objeto de que cualquier persona pudiera reconstruir con respuestas propias las variables de esta poliédrica figura de palabras e imágenes, me parecía necesario que la obra estuviera dotada de una precisión casi matemática.

¿Es Blumka una figura histórica o mera ficción? Tampoco esto se sabe con seguridad, porque la guerra y los estragos del tiempo han borrado buena parte de las huellas. A partir de los innumerables textos que dejó Janusz Korczak, así como de los recuerdos de sus alumnos y amigos, he reconstruido un fragmento de aquel mundo perdido e irrecuperable donde ciertos hechos se mezclan con acontecimientos verosímiles; lo real, con los deseos y los sueños que flotaban en la institución de Dom Sierot. Me he tomado el derecho que otorga el privilegio de autora para describir a Korczak y sus niños a mi modo, procurando no rebasar los límites una vez establecidos, tal como exigen las «leyes» del libro ilustrado y la difícil temática. Las frases cortas y lapidarias de mi heroína debían complementarse y proseguir su desarrollo en la ilustración, puesto que, a veces, una imagen resulta más reveladora y emotiva que las mismas palabras.

En la segunda parte del libro, las páginas están ideadas según un esquema que apunta a favorecer la claridad del mensaje. Los principios educativos que Korczak formuló en sus escritos, aquí son reproducidos por un niño. Las sabias y siempre actuales ideas de este gran humanista, que actúa movido por el amor a los niños, resuenan como una especie de decálogo que siempre se puede volver a recitar de nuevo. Los retratos de Korczak parten de las escasas fotografías que se conservan de él. He querido que su bata [ésta sale a relucir siempre que el niño recuerda al señor profesor] fuese de un azul luminoso. ¿Tendrá algo que ver ese color con los nomeolvides, la tinta, el cosmos y con el absoluto? La interpretación se la dejamos a quienes los contemplan... ¿Qué papel desempeña el imponente árbol, arrancado de raíz al final? ¿Cómo debe interpretarse la «hora alemana» que da comienzo en septiembre? ¿Por qué la estrella de mar tiene seis brazos y la azucena blanca que la pequeña Pola lleva en su viaje celeste, otros tantos pétalos?

En la primera parte de Blumkas Tagebuch se describe el mundo de los niños que viven en Dom Sierot; las normas que allí imperan, los días festivos y los juegos son los que el profesor ha pensado para ellos. Hay un niño al que le



tengo un cariño especial: se trata del pequeño Kiesel. Hubo, en efecto, un niño como él, que le llevaba carbón en su orinal. Y otro como Stasiek, un estudiante modélico y servicial a quien en cierta ocasión el profesor le regaló un vuelo sobre Varsovia. Los niños tenían su propio cajón donde nadie podía mirar sin preguntar antes. Con el fin de que más tarde supieran arreglárselas con el dinero, tenían la posibilidad de trabajar en uno de los talleres de Dom Sierot y así ganar algo de dinero de bolsillo. También permaneció con ellos hasta el final la señora Stefa que dirigió junto a Korczak la institución Dom Sierot en los treinta años de su existencia. Aunque la verdad histórica se entretiene a pinceladas con la ficción, ésta aflora en los dibujos, al igual que en las numerosas metáforas y en los símbolos. Las amarillentas y pautadas páginas del diario que al principio sirven a Blumka para retener lo vivido, se transforman asimismo en dibujos. Estos y otros materiales descoloridos y desgastados que he empleado para mis collages los reuní a lo largo de meses de trabajo. Se trata de fragmentos auténticos de viejas libretas, periódicos, tapas de libros, envoltorios y materiales de los que por entonces se revestían las maletas. Con gran esmero recopilé igualmente viejas fotografías de antes de la guerra, que me sirvieron de orientación para reproducir detalles como la indumentaria, el peinado y otros elementos de la vida cotidiana. Mientras miraba las caras de los niños de Dom Sierot una y otra vez, intentaba adivinar sus sueños y sus pensamientos.

Blumka, »Florequita« nos guía por este mundo. Escribe su diario en un lenguaje sencillo e infantil que toca temas muy importantes. Y sin duda puede, puesto que el profesor ha situado a la niña en el mismo plano que los adultos. En una de las ilustraciones, ésta riega los nomeolvides secos que de este modo despiertan a la vida en el libro. Para que no los olvidemos. Su plumilla se convierte al final en un yad, el puntero de plata que se emplea en las sinagogas para leer las Sagradas Escrituras sin tocarlas. No toco lo que ocurrió después. No puedo. Pero me alegra haber traído a la memoria las épocas felices y muchas veces difíciles de Dom Sierot antes de que llegara la guerra. Pues, en un libro, es posible dejar que los niños sigan columpiándose felices, del mismo modo que también es posible dejar las cerezas para siempre donde están: en las orejas del sonriente profesor.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



GABRIELA CICHOWSKA SLOW BOOKS

En alguna parte de Sydney, hay un niño pequeño que toma el desayuno y va con sus padres de compras a un supermercado próximo. Mientras tanto, en un pueblo insignificante de Marruecos otro niño como él, tras finalizar su rito matinal, acude con su familia al bazar en el que bulle la vida. A primera vista da la impresión de que los dos mundos que se presentan en el libro no tienen nada en común. Sin embargo, progresivamente advertimos que uno no puede existir sin el otro, y que además ambos interactúan entre sí.

Mirror constituye dos libros en uno [pasamos las páginas del relato australiano de derecha a izquierda y el marroquí en sentido inverso]. Un libro a modo de puente, a través del cual el joven lector puede percatarse de que, en cualquier parte del todo el mundo, las personas anhelan culminar sus necesidades y deseos. Pues, independientemente del color del pasaporte, ellos quieren ser amados por su familia y sus amigos y pertenecer, a la vez, a una gran familia, como es la sociedad.

Evidentemente, un libro de semejante profundidad y complementado con una magnífica técnica narrativa y virtuosismo [magistrales collages que conjugan diferentes materiales como arena, tierra, arcilla, colores, plantas, papel, tela, lana, plomo y plástico] no se hace en poco tiempo. La propia Jeannie Baker llama a sus libros show books, porque estos adquieren forma orgánicamente, capa a capa, y maduran despacio como una manzana rugosa movida por las ambiciones del jardinero. Mirror es sin duda alguna un fruto sabroso y nutritivo que debería llegar a las mesas de todo el mundo y no sólo a las sociedades pluriculturales de Europa.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



TENDAI HUCHU EL PRIMER AMOR

Ray Bradbury ha muerto este mismo año. Tenía 91 años y nunca pareció ser del todo adulto. En cualquier caso, no para sus fans. Su obra es joven y mantiene su frescura. Leer sus libros es puro deleite. Me gustaría hacer llegar su clásico Fahrenheit 451 a la juventud de Europa, dado que esta novela es mágica desde toda perspectiva. Es una historia maravillosa que transporta a sus lectores a otro mundo, los sacude, los envuelve y los atrapa en su hechizo hasta dejarlos sin aliento. Sin embargo, en sí misma, es también una utopía negativa: en un futuro no muy lejano, los libros son quemados por el cuerpo de bomberos, porque, básicamente, eso es lo que se espera de los »bomberos«. ¿No es así? El protagonista, Guy Montag, es bombero. Va a las casas de la gente y quema los libros. En su universo, las leyes son así y Guy Montag es un ciudadano que respeta la ley. Cualquiera que lea el libro comprende con qué arbitrariedad los hombres hacen las leyes. Un buen día comienza a cuestionarlo todo y con ello empieza a ser también una persona mejor. Bradbury nos enseña que, a fin de cuentas, en esta vida y en un mundo repleto de mojigatería, dogmatismo, odio y caos, lo que importa es la conciencia. Ningún otro libro es tan provocador como para que sus lectores vean, por una vez, las cosas de otro modo. La lectura de Fahrenheit 451, el deleite de esta prosa poética, es como el primer beso, como el primer amor. Después nada será ya lo que fue. Quien lea este libro se enamorará para siempre de la literatura.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



ADAM JAROMIR SIN PALABRAS, Y TAN BONITO

Sobre la mesilla de noche, en estantes y armarios, hay libros sin leer por los motivos más dispares, y la conciencia me remuerde más aún al comprobar que sobre ellos parece materializarse una capa de polvo cada vez más gruesa.

Así que, cuando descubrí este libro en una librería, el corazón me dio un vuelco de alegría. Esta vez estaba seguro. Lo engulliré desde la primera hasta la última página, pensé. Y no me equivocaba.

Farben des Tages es un libro que carece de texto y sin embargo alienta la creación de unos cuantos. Un pequeño desplegable con 168 llamativas ilustraciones multicolor que zigzaguea como una serpiente coral por mi habitación, con destellos plateados aquí y allá, y que de vez en cuando aparecen agujereadas, cosa que me permite echar una mirada renovada a mi vida. Me tiendo en el suelo, levanto la vista entre las ilustraciones y lo primero que advierto, cuando ya es demasiado tarde, es que este bonito reptil se ha enroscado con suma pericia y que yo estoy escondido en un laberinto en cuyo centro un gato de bigotes rojos me acecha...

»Elijo los colores según el efecto de su tonalidad, según su propio sonido. Los lunes verde, los martes azul, los miércoles naranja, los jueves rosa; viernes, colores canela; el sábado es marrón y el domingo tiene orejas amarillas... Así me imaginé el asunto cuando tenía diez años y hasta me sorprendía que nadie más conociera los colores del día», escribe Kveta Pacovska sobre esta pequeña obra maravillosa.

Hoy es sábado. Me he propuesto por fin ordenar la casa y quitar el polvo.

Estoy indeciso acerca de si este día, efectivamente, tiene un color.

Tomo el libro de Kveta, me tiendo en el suelo...

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



GERALD JATZEK HEY DIDDLE DIDDLE: HACIA LA MODERNIDAD DE LA LÍRICA INFANTIL

1.

Al principio fue la palabra y después se habló. No obstante, con la invención de la escritura ésta cayó en descrédito. Los que podían escribir menospreciaban a quienes únicamente la hablaban y crearon conceptos para consolidar una relación de diferencia entre la lengua escrita y la oral, entre el lenguaje erudito y el dialecto.

2.

Hay tres ámbitos de la literatura donde las tradiciones orales han conseguido mantenerse vivas. Son la lírica infantil, la canción y el teatro popular.

Los guardianes de la Academia de literatura, siempre han abordado estas tres ramas con recelo. Se consideran anticuadas y, desde el punto de vista artístico, de segunda categoría. A este respecto, ni siquiera Lewis Carroll, Bob Dylan y Dario Fo han conseguido cambiar nada.

La crítica, en su afán por obtener algo más de reputación académica, también adoptó este juicio. Los escenarios populares y ambulantes son un tema para las crónicas, los entendidos del pop despachan las canciones a la ligera y las escasas reseñas sobre poemas infantiles casi siempre se limitan a abordar cuestiones didácticas y pedagógicas.

3.

Aquello de lo que uno no se ocupa, se atrofia. Con lo cual, se publican grandes cantidades de libros ilustrados con el margen izquierdo desencajado y, a la postre, se presentan como poemas sólo porque los finales de línea se saldan aleatoriamente con algún que otro pareado. Con frecuencia, entre una gran profusión de ilustraciones, uno tropieza con textos sin ninguna coherencia y metáforas desacertadas. Estos libros se venden gracias a su composición gráfica y atraen hacia sí futuras crueldades líricas.

4.

Al principio fue la palabra, hablada, cantada también, y compuesta rítmica y melódicamente mediante procedimientos como la rima y el verso o como la repetición y la oposición para poder traerla a la memoria y ser reproducida de nuevo.

A lo largo de más de un milenio, numerosas generaciones afianzaron y modificaron su posición en la naturaleza y en la sociedad mediante epopeyas, odas, baladas, y cantos. La lengua escrita, comparativamente reciente — además de indispensable para la ciencia y el derecho—, fija el



texto, mientras que las variantes y adaptaciones [parodias incluidas] han pasado a formar parte de la esencia de la literatura oral.

Un buen ejemplo de ello serían las canciones infantiles británicas [Nursery Rimes], porque si bien fueron publicadas por primera vez en una recopilación en 1744, hasta hoy fundamentalmente se han transmitido mediante recitales de declamación, lecturas y cantando.

El motivo de su éxito es evidente: ciertos poemas como Hey diddle diddle y I knew an old lady who swallowed a fly abren la puerta al mundo del sinsentido, donde el sonido triunfa sobre la lógica, para ofrecer un espacio de libertad en el que las rígidas reglas quedan suprimidas y la fantasía puede conseguirlo todo.

5.

Los niños manejan la realidad y la literatura del mismo modo. Quien les relate una historia debe contar con que éstos pedirán cambiar el curso de la acción, que se eliminen personajes o que los reclamen en su interior.

Cuando están en grupo, adaptan canciones y rimas, en la medida en que modifican nombres, lugares y cualidades. Mientras están abismados en el juego, ellos mismos se deslizan en la piel de personajes distintos, recorren paisajes fantásticos y flotan sobre melodías reconocibles desde afuera a través de variaciones que cantan a media voz, como en un murmullo. En un caso y otro, el objetivo consiste en adaptar un texto a las circunstancias personales hasta que para ellos se vuelve de verdad.

6.

El ordenador le ha arrebatado a la obra literaria su atributo de definitiva. Se ha vuelto alterable. Los textos grabados en soporte digital no sólo se elaboran a voluntad, sino que apenas un clic los separa de su aplicación multimedia. Si a esto añadimos sonido, imagen, película y palabra escrita; y luego se filtra y se mezcla de nuevo, el resultado, como sabemos, es un juego que nunca antes había sido posible.

Este material de partida ideal —no es ninguna sorpresa— siempre ha estado presente en la literatura oral, que ya era interactiva mucho antes de que el primer teórico en medios de comunicación caminara sobre la tierra.

7.

El libro es y ha sido siempre el contenedor más importante de la literatura y lo seguirá siendo mucho tiempo. De ahí la necesidad de ir a la búsqueda de textos aptos para ser recitados, en vez de encaramarse por vericuetos abandonados con el fin de poder escuchar a pastores y arrieras [aunque sin duda esto tenga su encanto]. Basta una visita a la biblioteca. Pues ahí están las publicaciones de los poemas de Edgard Lear y Federico García Lorca, Christian Morgenstern y Ernst Jandl.



8.

En estos cuatro casos mencionados a modo de ejemplo se encuentra todo cuanto pueden desear los niños europeos: la lírica forjada en las múltiples entretelas de las tradiciones del continente; una lírica que juega de forma creativa con las formas, que utiliza y altera las coplas de ciego, el gazal, el haiku y el rondeau; una lírica que logra crear imágenes poderosamente verbales y en la que el lector logra penetrar para enriquecerla con sus propias experiencias.

Necesitamos mucha más materia lírica, si no queremos dejar este campo en manos de aquellos que hacen rimas de producción en cadena para los libros ilustrados de los grandes almacenes.

9.

Cómo conseguir este objetivo, no lo sé. Un festival europeo de lírica infantil sería un buen acicate para ello. Pero, mucho más importante aún sería promover un lugar de encuentro donde los textos se tradujeran, se recitaran, se les pusiera música y se interpretaran, donde los autores hablaran sobre sus procedimientos, donde los músicos acompañaran las melodías de las lenguas del continente, y donde estudiosos y críticos pudieran ahondar en la pluralidad estética y de contenido de la lírica infantil.

10.

¿Por qué es importante todo esto? Pues, porque aquel que sabe que la lengua se puede transformar, tal vez también haga el intento de hacer lo mismo con el mundo.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



JAN DE LEEUW UN BAILE EXPERIMENTAL

Un libro que se escribió en 1982, si bien en mi opinión no ha perdido nada de su significado; un libro que es experimental y no obstante posee un valor de lectura incalculable, que es actual y universal; un libro que nos muestra hasta qué extremo los libros infantiles pueden ser inteligentes, ocurrentes y a la vez desgarradores. Hablo de Tanz auf meinem Grab [Baila sobre mi tumba], de Aidan Chambers. Pienso que en un futuro próximo los derechos de las mujeres así como los de derechos de los homosexuales, lesbianas, transexuales y bisexuales [LGBT] pasarán a convertirse en un indicador de tornasol para nuestra sociedad. Porque solo así será factible alcanzar un consenso entre la libertad personal y la aceptación, en relación con la religión y el respeto hacia las diferentes culturas; un consenso no sólo entre Europa y el mundo, sino un consenso en la misma Europa. Pero, al margen de los temas políticos Tanz auf meinem Grab es, sencillamente, un libro admirable sobre el amor.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



URI ORLEV

LOS LIBROS, UN REGALO PARA LA VIDA

Por ejemplo Harry Potter... ¿Será éste modelo de literatura la que responde a esta cuestión? Si la respuesta es »sí«, cabe plantearse qué sucede con todas las demás publicaciones importantes que leen los lectores de muy diferentes edades y que en su mayor parte no se incluyen en la categoría de bestseller. Por el contrario, si esta pregunta se contesta con un »no«, ¿por qué entonces se ha convertido en bestseller en tantos países?

¡Es una gran suerte que se haya escrito este libro, porque a partir de ahí muchos jóvenes han vuelto a leer también libros sin magos!

Recuerdo que de pequeño leía. Al principio, los temas de que trataban los libros no me interesaban en absoluto. Pero si un libro me conmovía o creaba intriga, lo leía debajo de las sábanas con una linterna cuando mi madre ya había apagado la luz y lo guardaba para siempre en el corazón. Con posterioridad, cuando me hice mayor, de repente salía a relucir, por ejemplo, el tema de la esclavitud en América. Y recordaba La cabaña del tío Tom.

Si me detengo a pensar cuáles de mis propios libros tienen éxito en otros países, no se puede negar que el tema tiene cierta importancia. Escribí un libro que existe hace ya treinta años, o sea, toda una generación. Es Die Insel in der Vogelstrasse [Una isla entre las ruinas], una novela de supervivencia que se desarrolla en la época de la Shoah. Además, para mi sorpresa, ¡uno de los primeros galardones que obtuvo este libro fue un Edgard Allen Poe Award de novela policíaca, en 1985! Y yo que pensaba que había escrito un libro que trataba de un niño en la época de la Shoah...

Entre mis libros hay uno de versos para niños. Este cuenta la historia de una abuela solitaria que toma la determinación de tricotar el mundo que la rodea. Además se hace dos nietos. Y a continuación, debe enfrentarse con los problemas que de ahí se derivan. Los profesores se niegan a aceptar a los niños y, a su vez, el Ministerio de educación corrobora esta decisión porque »sólo son unos cuantos hilos y unos cuantos agujeros«. A los niños de punto no se les da amparo, ni se les enseña ni se los educa.

Cuando estuve en un festival de literatura de México, un maestro con rasgos indígenas se acercó hasta mí y me agradeció que hubiera escrito ese libro. Me dijo: »los niños de nuestros pueblos indígenas se identifican mucho con los niños de punto porque se sienten distintos y están excluidos, igual que ellos«. ¡Y eso que lo único que yo me había planteado era escribir una historia para niños, sencillamente! Esto corrobora la verdad que encierra el refrán [aquí ligeramente alterado]: »el significado está en los ojos de quien lo



ve«. Uno escribe un libro sin saber nunca adónde conducirá al lector, ni qué necesidades, anhelos y sueños irán enlazados con él.

Este libro también tuvo una gran acogida en la India, por lo que allí fue traducido a varias lenguas autóctonas. En Israel, hay profesores que relacionan este libro con el destino de los judíos en la época del Holocausto, aunque no era esa mi intención en lo más mínimo.

Hay libros de los que los jóvenes lectores extraen pautas de vida para actuar en lo sucesivo. Ignoro si estos libros fueron escritos con este cometido, puede ser, aunque tal vez de modo inconsciente; si es una historia buena e interesante, al joven lector le regalamos algo para el resto de su vida.

Por ejemplo, como aquellas que alientan una relación especial con los animales.

En mi infancia, leí dos libros con gran interés, uno de ellos fue Ciondolino [Pingajillo. El muchacho que se volvió hormiga], del autor italiano Luigi Bertelli [1858-1920]. Un niño que no quiere hacer los deberes, se pone a mirar las hormigas que corren por el suelo delante de él y se dice: »Me gustaría ser una hormiga; así podría pasarme el todo el día de paseo«. Y, de repente, se convierte en una hormiga. El relato se basa en la historia de Napoleón Bonaparte e igualmente aquí Ciondolino logra convertirse en comandante del gran ejército de las hormigas, y también su final... Bien; quizá este libro exista aún y podáis leerlo vosotros mismos. Sea como sea, el caso es que desde entonces he procurado no hacer daño a ningún animal, por pequeño que sea [salvo a los mosquitos, y durante la guerra tampoco dudaba en matar pulgas, piojos y chinches].

El segundo libro, que leí una y otra vez, era un relato para adultos. Se titula Bambi. Una vida en el bosque, y fue escrito por el autor austriaco Felix Salten [1869-1945]. Me refiero al libro original, completo, no a la versión creada por Walt Disney.

Empecé a leerlo para complacer a mi madre y luego ya no puede separarme de él hasta el extremo de que se convirtió en uno de mis libros favoritos. Lo leí varias veces y paulatinamente empecé a pensar que trataba de propio mi destino personal. La gran caza simbolizaba para mí la guerra que imperaba a nuestro alrededor, lo que hoy se llama el Holocausto o la Shoah. Mi madre y yo éramos como Bambi y su madre. Cuando atravesamos un claro donde se apostaban ocultos unos cazadores, mi madre murió, igual que la mamá de Bambi. Y también a mí me recogió una tía. Sin embargo, Bambi no fue enviado por su tía prácticamente solo, con la única compañía de su hermano pequeño, a Palestina, al final de la guerra. Hay otras diferencias. Por ejemplo, Bambi tenía un padre que lo encuentra y lo libra de la catástrofe. En cambio, yo no encontré a un padre así.*



Hasta hoy, he odiado a los cazadores que matan animales por mera afición. Detesto los castillos nobiliarios cuyos muros están ornamentados ostentosamente con la cornamenta de sus víctimas o las pieles de leones y tigres, con horrorosos ojos de cristal. Desdeño muy en particular a los cazadores modernos con sus estupendas armas del siglo XXI, provistas de teleobjetivos de largo alcance... Por el contrario, tengo en alta estima a esos »cazadores« pertrechados con sus excelentes cámaras fotográficas, con telescopios propiamente de nuestro siglo, que nos muestran el maravilloso mundo de la naturaleza sin herir a nadie. En una época muy remota fuimos cazadores, en efecto; cazábamos animales para alimentar a nuestra familia y a los demás miembros de la tribu. Aquel cazador ha seguido viviendo abiertamente hasta hoy en nuestro interior, aunque la carne del congelador llegue del supermercado. Basta con ver los animales que se crían con el único fin de ser sacrificados, y esto será así hasta que un día, tal vez consigamos crear la carne sin tener que matar a los seres vivos. Este es mi deseo particularmente respecto a las ballenas. Esos gigantescos animales que emiten sus cantos en la lejanía para establecer contacto con sus congéneres.

Los jóvenes de Europa necesitan libros que lleguen al corazón, que emocionen, que sean interesantes, inteligentes y no didácticos.

*Extracto de la conferencia »Los libros como alimento infantil« que pronuncié en el Festival.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



MARIA POPYANNI COMO UN GRANO DE ARENA EN EUROPA

En mi pequeño país he descubierto un pueblo diminuto que no figura en el mapa. Voy allí a menudo para ver el mar de Libia y, más allá, las Asterousia, las montañas que llegan hasta las estrellas. En estos parajes viven águilas que sólo se alimentan del tuétano que succionan cuidadosamente de los huesos de sus víctimas. Es un lugar minúsculo sin trazado de calles que lleven a algún sitio. La gente cosecha todo cuanto necesita de sus huertos, vive de sus animales y se sirve de aquello que la vida elabora de modo exquisito: la sal de los riscos junto al mar y la miel, un regalo de las abejas que liban con avidez el abundante tomillo de por aquellos alrededores. Sus lugareños no han viajado nunca, y sin embargo saben historias sobre cada una de sus piedras. Es como si sus ojos no olvidaran, como si no se fatigaran y pudieran ver y oír más cosas que otros. Nunca ha dejado de impresionarme su dignidad frente a la falta de medios, frente al dolor y la alegría. Y por otro lado, la pasión en sus cantos y bailes. Lo único que no entiendo es por qué viajar les resulta tan indiferente. Para ellos, todo pasa ahí, en ese lugar minúsculo que es un grano de arena en la gran Europa, donde no obstante también viven jóvenes europeos que cada día recorren varios kilómetros para ir a la escuela.

Por otra parte, aquí en Atenas, en el mismo edificio que yo, hay dos jóvenes que sueñan con estudiar y viajar por el mundo, que van al colegio, al teatro, a museos, a conciertos, a bares. Ellos y sus amigos también son europeos con los mismos derechos —así lo espero al menos— que los niños y jóvenes de ese aislado pueblo de Creta, y no obstante semejantes a los que viven en las grandes ciudades de Europa. Todos son niños. Pequeñas partes de una gran familia. Y tienen que aprender a compartir el mismo mundo y a preocuparse unos de otros.

Hoy en día, todos estos jóvenes se encuentran y navegan juntos por el universo de Internet.

Una época feliz de información desbordante en la que el ordenador lo es todo. Juego, información y conocimiento. Sin embargo, en este universo no hay nada acotado, con un principio, un núcleo central y un final, tal como ocurre en un libro, en una obra teatral, o en una película. A la vista de esto, ¿cómo debemos hablar con los niños y jóvenes que surcan impetuosos la superficie de este mar?

¿Por dónde hay que tomar el hilo de Ariadna? ¿Cómo conjurar las injusticias que rodean el laberinto del Minotauro? Dado que, en nuestra época, todos los niños, independientemente de donde vivan, ven y aprenden cada vez



más rápido que el mundo está repleto de guerras sin fundamento, de violencia sin sentido, de injusticias sociales, y también, que al final no siempre salen victoriosos los buenos. Sin embargo, es precisamente ahí, en esta vorágine de lo cotidiano, donde el reino del «Érase una vez» puede adoptar otra forma, y, a la vez, permanecer firme y seguro, como los molinos de viento de Don Quijote. ¿Será nuestra forma de reaccionar frente a la barbarie moderna? Tal vez tengamos la necesidad de vivir la vida, igual que los habitantes de un pueblo antiguo, escuchando la tierra y observando los movimientos en el cielo... Después de todo, ¿acaso no eran los mitos los que, en distintas épocas a lo largo de la historia, intentaban dar una explicación a lo inexplicable? Quizá también en nuestra época nos encontremos en ese punto... En el punto en el que necesitemos un mito moderno que nos enseñe a escucharnos mutuamente, a escuchar a la Tierra antes de que la destruyamos definitivamente y luego succionemos los tuétanos como esa águila en Creta...

Amo los cuentos, y si algo he aprendido de ellos es que al final sale vencedor aquel que se enfrenta a todos los elementos, aquel que atraviesa el bosque tenebroso y que se detiene para prestar oídos a aquello que el dragón, el naranjo o el viejo surcado de arrugas tienen que decirle. El que tiene prisa jamás oye el consejo mágico. Tal vez haya llegado el momento de escucharnos unos a otros...

Cuando mi hijo aún era pequeño, en una ocasión echamos a correr para llegar al colegio a tiempo antes de que sonara el timbre. De repente mi hijo se detuvo. «He oído algo en los árboles. Una lagartija está pidiendo ayuda desesperadamente». Yo lo miré enfadada. Otra excusa más para no ir al colegio. Entonces empezó a llorar. Me volví pero sólo atiné a ver un árbol cansado en medio de una gran ciudad. Entonces, el niño dijo con obstinación: «Escucha bien» ¡Y de pronto me sentí tan pobre! Qué difícil era para mí oír el grito de una lagartija desesperada en el ritmo frenético de lo cotidiano. ¡Qué afortunado era mi hijo, al ser capaz de oír aquel grito de socorro y poder transformar así la realidad para sobrevivir. ¡Qué afortunados son los niños de todo el mundo antes de que les corten las alas de su fantasía!

¿Qué tipo de libros necesitan los niños europeos? Cuentos, muchos cuentos para conjurar el mal. Y también, frases sueltas de algunos libros que amé de niña y que ahora me vienen a la memoria a modo de buenos deseos, como aquella sentencia del gran escritor griego Nikos Kazantzakis: «Anda tan lejos como puedas, o mejor aún: tan lejos como no puedas»; o como el verso de Nikos Kavvadias, uno de mis poetas predilectos: «Baila en la aleta del tiburón o compadece a aquellos que no sueñan». Y, por encima de estos,



en el extremo más alto del mástil de aquel navío bien construido y seguro que viajará por toda Europa, un narrador de cuentos ciego recita:

»Vio muchas ciudades de hombres y conoció su talante, y dolores sufrió sin cuento en el mar tratando de asegurar la vida y el retorno de sus compañeros, mas no consiguió salvarlos, con mucho quererlo, pues de su propia insensatez sucumbieron víctimas; ¡locos!, de Hiperionida Helios las vacas comieron, y en tal punto acabó para ellos el día del retorno« .*

De modo que, aprende a conocer el mundo entero, la sensatez viene con la experiencia... Cada persona debe cometer sus propios errores. Empieza. Vuela. Busca el tuétano.

Y si encuentras un libro realmente significativo para ti y lo engulles, sentirás que tocas las estrellas con apenas ponerte un poco de puntillas.

* Extracto del Primer Canto de La Odisea de Homero. Traducción de José Luís Calvo.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



MARIA PARR LOS NIÑOS NECESITAN HISTORIAS

¿Qué clase de literatura necesita un niño? Y yo pregunto honesta y abiertamente: ¿Acaso un niño necesita verdaderamente la literatura? He barajado esta cuestión muchas veces, ya que, en suma, me dedico a esta tarea. Y, después de darle muchas vueltas al asunto, no creo que un niño necesite verdaderamente la literatura. Un niño necesita amor, seguridad, aire, comida, lenguaje, amigos. Puede convertirse en una estupenda persona sin haber leído un solo libro de las bellas letras. Sin embargo, hay algo que el niño efectivamente sí necesita, algo muy parecido. Los niños necesitan historias. Historias acerca de quienes son y sobre el mundo que les rodea. Historias donde jugar, historias en torno a las que soñar e historias con las que crecer. Alrededor de un niño, el aire tendría que ser muy denso y estar siempre repleto de historias: las que cuentan los adultos y las que cuentan otros niños. Historias que ellos mismos inventen, historias como las que se ven en las películas o —y aquí quería llegar yo— las historias como las que se leen en un libro. Yo invento historias y les cuento mis favoritas, ¡aunque no consiga ganarme a muchos de ellos! No obstante, es muy hermoso poder plasmar por escrito mis propias historias en un libro. ¡Es hermoso que todos los escritores logren escribir sus historias para que unos niños a quienes nunca conocerán personalmente puedan oírlas e involucrarse en ellas del modo que más les plazca!

Creo que el libro Ronja, la hija del bandolero me marcó. Al menos, dejó una marca indeleble en mis sueños. Yo quería ser como Ronja. Tan fuerte, testaruda y cariñosa como ella. Cuando una se imagina tener cerca a doce bandidos que no pueden dedicarle a una suficiente atención, cuando una se imagina poseer un bosque gigantesco y ser la reina de éste, y más aún cuando una se imagina conocer a Birk... Posteriormente, además, he sabido comprender la importancia de que Ronja fuese una niña. Es más, si hubiera sido un niño, también habría querido ser como ella. Pero, que fuera una niña, y exactamente así como era ella, rebasaba todas las fronteras de cuanto era posible y normal. ¡Gracias Ronja!

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



IVA PROCHÁZKOVÁ LOS SUEÑOS REBASAN LÍMITES

A los niños, jóvenes e incluso a los adultos de toda Europa, les recomendaría leer *Die Mauer* [El muro. Crecer tras el telón de acero] de Peter Sís, porque es un libro que ayuda a comprender y a reflexionar.

Esta pequeña obra narra con imágenes más que con palabras un amplio período de nuestra Historia. Digo nuestra porque, al igual que Peter Sís también yo crecí al otro lado del Muro. O como se decía entonces: al otro lado del Telón de Acero. Si bien, por un lado, éste era consistente y a prueba de bombas, por el otro, era posible oír y ver relativamente bastante. Formas concretas, informaciones diáfanas y sonidos claros sin duda no; más bien percibíamos impresiones y ecos, briznas insignificantes, retazos incompletos y deformados de la vida »al otro lado«.

»No sabíamos nada sobre Occidente, pero nos lo imaginábamos todo«, cuenta Peter Sís, »y sin duda todo mucho más hermoso de lo que era en realidad«.

Recuerda algunas particularidades insignificantes pero a la vez muy representativas de lo que era entonces nuestra vida cotidiana, como la indumentaria de los adolescentes, por ejemplo. La ropa que se podía comprar en las tiendas corrientes era imposible de llevar y siempre necesitaba un arreglo: ampliar el corte, cambiarle el color, acortar la falda o estrechar la pernera del pantalón. Si una chica no quería resultar ridícula, debía hacer acopio de mucha fantasía y paciencia [y muchas veces granjearse la ayuda de la abuela] para coserse ella misma los vestidos y los abrigos, hacerse los jerséis de punto, y conseguir que le enviaran los sujetadores del mundo que había tras el Telón. Los chicos, por su parte, le ponían a sus zapatos unos talones de pega y se hacían gafas de sol y bisutería masculina de fabricación casera. Transformaban en casa sus guitarras acústicas en eléctricas y luego tocaban música de los Beatles y de los Stones; en cualquier parte de un patio trasero o en un garaje cantaban letras mal interpretadas, lo que a menudo les valía una denuncia y que la Stasi los interrogara por »divulgar la propaganda capitalista«.

La vida bajo aquel régimen totalitario no era de vivos colores y por ello la mayor parte de los dibujos del libro son en gris-rojizo o en blanco y negro. Transmiten nostalgia y miedo, dos de los sentimientos más frecuentes en aquel tiempo. Cualquier joven del otro lado del Muro era soñador, dado que el mundo era odioso, constreñido y peligroso cuando estaba despierto. Y nuestros sueños sin duda también eran peligrosos porque fomentaban que la realidad nos resultara aún más ajena y odiosa. El sueño que todos



teníamos siempre presente se llamaba libertad, pero ¿qué aspecto tenía aquella libertad? Para unos, era el de la Coca-cola, los vaqueros y los vibrantes conciertos de rock; otros relacionaban la libertad con los viajes; y otros, a su vez, con la posibilidad de hablar, leer, estudiar por decisión propia, pensar y tener sus creencias libremente.

El muro es un libro entretenido, creativo y lleno de sentido del humor acerca de cosas serias, tristes y, desde cierta perspectiva, hasta trágicas. Un libro que presenta a los jóvenes europeos de hoy cómo era aquello antes de su llegada al mundo, y cómo sigue siendo aún cuando se vive tras alguno de los muchos muros de nuestro mundo.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



JANNE TELLER

EL BIEN QUE HAY EN NOSOTROS

Sobre los libros que he seleccionado no me propongo decir mucho. Sería preferible leerlos en vez de hablar acerca de ellos. Lo que pueden conseguir los libros y lo que les confiere su valor intrínseco es precisamente el hecho de que transmiten algo a través de la escritura, algo que se complementa con la capacidad de imaginación del lector, y que de otro modo sería imposible transmitir.

Me he permitido seleccionar no un solo libro, sino dos que a mi parecer van de la mano si bien a primera vista son absolutamente distintos.

El primero es un libro ilustrado de Mischa Damjian, *Die Maus, die an das Gute glaubte* [El ratón que creía en el bien] porque en mi opinión puede contribuir a hacer de nosotros personas dignas de llamarse como tales.

El libro se trata de un ratoncito que no cree a su madre cuando ésta le dice que debe tener miedo del gato. El ratoncito no le desea al gato ningún mal, de modo que ¿por qué entonces iba a desearle el gato nada malo a él? Así que, en lugar de intentar esconderse, le cuenta historias. El ratoncito no consigue cambiar al gato. Pero la vida de las flores, los pájaros y otros animales se vuelve algo más bella y algo más luminosa cuando el ratoncito cuenta historias. Y la mofeta que las escucha en su escondite, desde la lejanía, está tan contenta que paulatinamente se olvida de apestar.

Recibí este libro cuando tenía dieciocho años de manos de mi novio de entonces y aunque en principio es para niños pequeños, su historia dejó un poso duradero en mi interior. Siempre que me amenaza el desánimo y me abandona la fe de que merece la pena emplearse a fondo por una cosa o por otra, pienso en este libro.

¡Su historia nos dice que merece la pena hacer el bien!

En efecto, como individuos, tal vez no nos sea posible cambiar el mundo a nuestro antojo. Pero si no nos cansamos de intentarlo, a buen seguro lo mejoraremos, aun cuando esta mejora acaso se produzca en ámbitos en los que ni siquiera habíamos pensado o sin que nosotros mismos lo sepamos.

El segundo libro, *Historia de la filosofía occidental* narra el origen de la filosofía y cómo ésta interacciona paralelamente con el desarrollo cultural, social e histórico-político de la sociedad. En realidad, es un libro para adultos. Con todo, pese a la temática que abarca, es una obra accesible y, a mi entender, lo que un joven de hoy debería leer para adquirir una base sólida que le permita comprender la realidad —y por tanto poder influir—, tanto en el mundo real como en el mundo del pensamiento que puebla nuestras cabezas. *Historia de la filosofía occidental* inicia su andadura



exactamente allí donde parecen replegarse las escuelas modernas: con un gran caudal de conocimientos y una gran amplitud de miras, con interrogantes y concienzudos análisis desde una extensa perspectiva histórica. Aunque el libro se escribió en 1953, nunca he encontrado nada mejor.

Por cierto, leí este libro el mismo año que el de Mischa Damjans, cuando tenía dieciocho años, y gracias a ellos la imagen que hasta entonces yo tenía del mundo cambió por completo.

Precisamente por eso este libro es tan importante para los jóvenes europeos de hoy, porque les dice en qué escalafón estamos como ciudadanos de Europa, y también como ciudadanos europeos en el mundo. Ofrece unas claves excepcionales para acceder a nuestra historia, a la religión, a nuestra herencia cultural y de pensamiento, y al desarrollo de todos estos fenómenos, a la vez que permite ver sus interacciones e interdependencias con el resto del mundo. En definitiva, su autor plasma en el libro de qué modo el desarrollo científico y filosófico se edifica sobre un amplio estrato de nuestro presente; nos muestra que a menudo la susodicha »herencia cultural europea« no existiría sin el pensamiento de las civilizaciones no europeas, y hasta qué extremo están estrechamente vinculadas todas las religiones entre sí, en particular, las tres monoteístas.

Sin ser este su objetivo, el libro nos muestra también qué ridículos son el nacionalismo, la xenofobia y el fascismo porque, al fin y al cabo, todo lo que somos y de lo que dependemos es de lo que son los demás.

Nos plantea igualmente que no podemos dar por supuesto que un pensamiento inteligente, meditado y dado a conocer, se haga realidad de la noche a la mañana. De hecho, la democracia ateniense experimentó muchos retrocesos en su camino a lo largo de varios miles de años antes de que Europa optase por esta forma de gobierno. Acaso después de esta lectura, al pensar en los derechos de la libertad del individuo más de uno sea capaz de contemplar, bajo un nuevo prisma, el resurgimiento del tráfico de seres humanos y la esclavitud.

La Historia de la filosofía occidental de Russell revela al lector la inmensa influencia que todos podemos ejercer en el mundo de nuestro entorno y en el de nuestros descendientes; y a la vez, comprendemos mejor por qué es de decisiva importancia que todas las personas, de las generaciones actuales y futuras, decidan ser un «ratón» que cree en el bien.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



ROBERT PAUL WESTON
LIBROS CON AMPLITUD DE MIRAS: SOBRE LA
ACTUALIDAD DEL CLÁSICO »MOMO« DE MICHAEL ENDE

Estoy bastante seguro de que cualquier persona en Alemania, y probablemente también en otros países europeos, conoce a Michael Ende. Sin embargo, en Canadá, el país donde me crié, no es así. En mis visitas a numerosas escuelas de diferentes zonas del país, pude comprobar que sólo algunos niños y jóvenes habían oído hablar alguna vez de los libros de Michael Ende. Tengo la firme esperanza de que en Europa sea distinto. Ende murió en 1995. Para que su memoria no caiga en el olvido, me gustaría recordar a este autor a quien siempre deberíamos tener presente.

La historia interminable, la novela más conocida de Ende vio la luz en 1979. No obstante, en mi opinión, Momo es su mejor libro. Este trata de una niña que lucha contra unos misteriosos hombres grises que, en su insaciable codicia, anhelan conseguir el tiempo del futuro con objeto de abultar sus cuentas de ahorro en un banco de tiempo.

Correcto, »un banco en el que se ahorra tiempo«. Es exactamente como suena: una institución oscura y dudosa en la que no se deposita dinero, sino tiempo. ¿Cómo se hace algo así? Muy fácil: uno se apresura, toma atajos y renuncia al ocio con tal de conseguir una productividad insustancial que se persigue sin escrúpulos.

Junto al maravilloso estilo con el que está escrito el libro, así como sus simpáticos personajes, las fantásticas aventuras y el alegre colorido de la narración, lo que más me gusta es la minuciosa reflexión que destila la composición de la novela. Ende ofrece con diferencia más digresiones y más líneas temáticas que muchos otros libros infantiles de nuestra época. Y al mismo tiempo, en ésta se alude una y otra vez [desde una perspectiva crítica] a las teorías económicas, tanto a las del socialismo marxista como a las del capitalismo y de libre mercado. Dedicó una especial atención a la absurda idea del crecimiento ilimitado, al interés compuesto y al creciente carácter del tiempo como producto mercantil. Fenómenos, todos ellos de gran actualidad hoy.

Puede ser que mi descripción de Momo suene como un compendio rancio de cuestiones económicas. Pero, créanme, no es así en absoluto. Ciertamente, estas reflexiones teóricas se encuentran diseminadas a lo largo de la narración, a modo de excelentes y complejos pensamientos, cuyo envoltorio es una historia cautivadora y fascinante hasta el final. El talento desplegado por su autor en esta obra la convierten en un auténtico legado. Y constituye un ejemplo genial de que Philip Pulman no se equivocaba en su



famoso discurso con motivo del premio Carnegie Medal al decir: «Hay temas y cuestiones que son demasiado elevados para la literatura de adultos. Sólo en un libro para niños se pueden abordar de modo adecuado».

También tiene su importancia el hecho de que Michael Ende escribiera Momo antes de cumplir los cuarenta años, y no obstante con el paso del tiempo ha cobrado más y más relevancia. Cuando veo el panorama que me rodea, este sempiterno presente de febril actividad, donde no faltan ni la mensajería instantánea y la permanente conexión con la red, tengo la certeza de que mucha gente no ha leído esta magnífica novela. Precisamente, los filósofos budistas Linda Goodhew y David Loy recuerdan en su ensayo refiriéndose al tema: «Lo fascinante en Momo es, entre otras cosas, que el libro fue publicado en 1973, pero la pesadilla que describe hoy es una realidad».

[Traducido del alemán por Isabel Romero]



FLOORTJE ZWIGTMAN

¡TOMADLA EN SERIO!

Como lectora, he crecido en una época en la que los libros infantiles tenían la misión de hablar sobre las injusticias sociales. Así, los personajes principales eran enviados a un bosque oscuro repleto de problemas como el maltrato infantil, el consumo de drogas, el incesto y los escuadrones de la muerte en Sudamérica.

El mal se adentraba en un territorio en el que habitaban los libros infantiles, y de un modo muy emocionante, además. Ahí se plasmaba la vida real y, como niño, uno sentía que era tomado en serio.

Hasta que en algún momento se constataba que la vida de verdad sucedía fuera de los libros. Porque, por mucho que en estas novelas juveniles realistas los personajes principales pudieran hundirse, la salvación estaba garantizada en las últimas páginas. Según fuera la profesión que el autor les hubiera atribuido en cada libro, siempre aparecía un profesor, un trabajador social, un psicólogo u otro adulto simpático que conseguía hacer que todo se arreglara en un solo capítulo. Dado que los libros para jóvenes deben ofrecer esperanza al lector, tal como me dijo una vez una experta en crítica literaria.

Ciertamente, la esperanza es un bien mayor y puede hacer frente a muchas decepciones; no obstante, como lectora, con trece o catorce años, poco a poco, me daba cuenta de la fractura que existía entre mi propia vida y la de los héroes de mis libros. También yo era una adolescente simpática y también tenía problemas; pero me preguntaba dónde estaban los competentes adultos para ayudarme a encauzar mi vida por la senda adecuada. A algunos de los que yo conocía, en el mejor de los casos, se les ocurría tranquilizar sus conciencias con charlas de grupo, tras las cuales regresaban a sus casas satisfechos por haber contribuido medianamente a mejorar el mundo, mientras que mis propios propósitos de coraje y determinación muy raras veces conducían al final feliz que prometían los libros.

A paso lento pero seguro, llegué al absoluto convencimiento de que me habían mentido. Y lo que era peor aún, adquirí la desagradable certeza de que aquellos libros pretendían educarme sin que se notara.

Si eres buena, te pasará algo bonito... y a los héroes les espera un final feliz. Estaba claro que yo no era suficientemente buena para ganar la recompensa que recibían aquellos héroes de los libros, o quizá los finales felices sólo fueran un sueño deseable que poco tenían que ver con la realidad...



En 1997, cuando ya hacía tiempo que había dejado de ser una adolescente, leí Junk de Melvin Burgess, y me quedé absolutamente impresionada tanto como lectora y como escritora. Ahí sí que había una historia ágil y directa que podía resultar entretenida para un público adolescente. Y lo que para mí como lectora adulta aún era más importante: era una historia de tal crudeza y profundidad psicológica que me cautivó tanto como la autora holandesa Renate Dorrestein cuando escribió: »¡Oye, tú, lee esto«.* Y como colofón final, lo principal, ahí había héroes en los que podía creer. Precisamente porque no eran héroes.

Dicho en pocas palabras, en Junk se describe la caída en picado de dos jóvenes drogodependientes en el Bristol de principios de los años ochenta. Ante un padre alcohólico y maltratador, Tar se larga; Gemma, por su parte, desea llevar una vida excitante y a lo grande. Pero a ambos les va mal. Drogas, prostitución, embarazo adolescente... Todos los ingredientes de las historias sentimentales al uso están presentes aquí. En cambio, Junk es una obra distinta. Porque estos jóvenes se muestran tal como son.

Cuando Gemma se prostituye para pagarse su adicción a la heroína, lo próximo no es el obligado arrepentimiento derivado de: »no debo ser un mal ejemplo para los jóvenes lectores«.

No; ésta afirma decidida:

»La cosa es que conozco mis límites. Soy sensata. Lily dice que siempre me comporto con sensatez, incluso cuando me pongo del revés. Eso fijo. Me cuido. Como bien. Mis clientes tienen que usar condón. No trabajo en la calle sino en un salón de masajes. Nunca comparto mi jeringuilla con nadie, excepto con Tar. No soy una yonki. Puedo dejarlo en cualquier momento. A veces lo hago durante una semana o así, para probarme a mí misma que lo tengo todo bajo control«.

Alegremente, Gemma avanza a trompicones por la vida y si pretendiéramos decirle »No hagas eso, déjalo estar, piénsalo bien...« como advertencia, se reiría en nuestra cara. No hay una lección moral, salvo las consecuencias inevitables de que en algún momento irá mal.

Gemma no es un personaje simpático. Es obstinada y egoísta, su confianza en sí misma la ciega, toma decisiones erróneas sin cesar y arrastra a los demás en su caída. No es ni mucho menos una heroína que se gane un final feliz, según las normas de la novela juvenil. Pero, a pesar de todo, le tenemos aprecio. Melvin Burgess logra crear unos personajes que son más bien bribones antes que héroes; en cualquier caso, tienen tanto de ambos que comprendemos por qué son como son. Nos muestra personajes que nos obligan a ser adultos como lectores y a ser capaces de ver lo malo en las buenas personas.



Gemma y sus amigos yonkis tienen más en común con nosotros que el héroe mediocre. Nos pone delante un amplio abanico de posibilidades: el amor y el odio, el heroísmo y la cobardía, el bien y el mal. No se trata de cualidades de carácter categórico que se puedan repartir entre un héroe inhumano y un bribón inhumano, sino de decisiones que podemos tomar consciente o inconscientemente, según las circunstancias y según los ánimos.

Para los héroes de la mayoría de los libros de mi juventud, no suponía ningún problema tomar la decisión correcta, puesto que las buenas intenciones del autor los encauzaba en esa dirección. La maldad de los bribones no obedecía a ningún motivo. Era impuesta por el autor que, en su divino poder todopoderoso, no necesitaba dar la menor explicación al respecto de un ser de su creación.

Ciertamente, estos libros tienen muy poco que ver con la verdadera lucha de los jóvenes, con decidir entre el bien tentador y el mal tentador en un mundo en el que, hasta para los propios adultos, a menudo es difícil cuando no imposible, tomar decisiones morales.

Los jóvenes en Europa tienen derecho a tener a su alcance libros que reconozcan su lucha y sus problemas, libros donde ellos sean tomados en serio, en la medida en que no se presenten soluciones fijas y establecidas, sino que estimulen su pensamiento en un largo viaje y acaso interminable hacia el espíritu de su ser adulto. Nuestra misión consiste en dejar de ser misioneros.

*»Hier jij, lees dit!«: en el libro *Het geheim von de Schrijver*, [El secreto del escritor] de Renate Dorrestein. Atlas-Contact.

[Traducido del alemán por Isabel Romero]